

campo muestra ambos tipos de campo «como manifestaciones de un tipo comprensivo de estructura especial dentro del continuo espacio-temporal».

El descubrimiento matemático de que existen continuos de métrica riemanniana y paralelismo distante que no son euclidianos es la base de la nueva teoría del campo único. «Según esta modalidad, la geometría seguida ahora es no sólo una especialización de la riemanniana, sino una generalización de la euclidiana.»

Termina Einstein: «El problema matemático cuya solución conduce, a mi entender, a las leyes exactas del campo, ha de plantearse así: ¿cuáles son las condiciones más sencillas y naturales a que ha de sujetarse un continuo de esta clase? La respuesta a este enunciado, que he tratado de dar en una nueva memoria, da las leyes, del campo único para la gravitación y el electromagnetismo.»

Por su parte, la *Revista de Occidente* advierte en una nota de redacción que, impreso ya el pliego que contenía el trabajo de Einstein, se recibió un comunicado del físico alemán en el que expresaba su deseo de «perfeccionar la consideración geométrica con que termina su trabajo, por no encontrarla

completamente correcta en la primera redacción que le ha dado». Motivo que nos ha obligado a ser lo menos pródigos en detalles en esta parte de nuestra síntesis.

*La Revista de Occidente* espera publicar en un próximo número la aclaración que ya solicitó de Einstein y nosotros, en su oportunidad, daremos al lector la suma respectiva.

### Roma y el Vaticano

En la sección internacional del número de la *Revue de Genève* de Marzo del presente año, Edmond Rossier publica un artículo titulado *La Santa Sede e Italia*, del que es oportuno destacar algunos párrafos.

Empieza el autor ensalzando la magnitud del acontecimiento en cuya preparación, desde dos años a esta parte, se habían celebrado alrededor de doscientas conferencias que eran desmentidas inmediatamente en forma categórica cuando alguna indiscreción periodística lograba insinuar algún detalle del arreglo en gestación. Recoge en seguida el autor la admiración que en todas partes ha provocado la facilidad con que el Santo Padre ha abandonado pretensiones que defendía como sagradas y su generosidad

para colocarse del lado del adversario.

Ello no obstante, *L'Ossevatore Romano*, diario oficioso, insiste en mantener la antigua doctrina: «La conciliación con Italia no era posible mientras el Soberano Pontífice tuviera su residencia sobre el territorio del reino de Italia. El papa nace soberano.»

Desde ese punto de vista Su Santidad Pío XI obtiene la satisfacción del reconocimiento de su soberanía sobre el *Stato della Città vaticana*.

Para el gobierno italiano el remate de esta larga controversia no puede ser más ventajoso. La indemnización que paga a la Santa Sede no aumentará las cargas del contribuyente y suprime toda disputa sobre la posesión de Roma que, aunque declarada definitiva en repetidas ocasiones, parecía no serlo a los ojos de una buena parte del mundo católico.

«Se comprende entonces que si Mussolini, consciente de su triunfo, no se demora en proclamarlo en toda su extensión en un discurso resonante, el papa haya creído de su deber dar algunas explicaciones a sus fieles.

«El Santo Padre ha hablado también del concordato que ha concluído con el gobierno y en el cual ve una amplia compensación a las

concesiones que ha consentido en el terreno político.

«Pero, ¿no hay una debilidad en este tratado? El papa ha renunciado a su antiguo estado y a su capital: no insistirá más en esto; no puede hacerlo. Supongamos que el régimen italiano cambie. Otro régimen, sostenido por el Parlamento, puede denunciar el concordato. ¿Qué quedará entonces de la compensación que Su Santidad pregona tan alto y que le ha parecido digna de tantas concesiones políticas?...

«Sucede entonces, por la fuerza de las cosas, que la Santa Sede se encuentra ligada al régimen que la trata en forma que otro tal vez no lo haría. Y es aquí donde se ve la gran habilidad de Mussolini: atrae al papado a su órbita; desde ahora no tendrá solamente, para sostenerlo, a sus camisas negras: tendrá además a la Iglesia con sus innumerables voces. Ya el soberano pontífice le ha repartido generosamente sus alabanzas al declarar a la delegación de Milán que para llevar a feliz término la obra era necesario un hombre como el que la Divina Providencia le había deparado, un hombre que sabía liberarse de las fórmulas huecas y las preocupaciones secundarias. Y esto le ha permitido hacer un ataque a fondo al libe-

ralismo para mayor tristeza de buen número de católicos sinceros que esperaban otra cosa de este sucesor de León XIII.

«Las consecuencias pueden ser graves. ¿No podría esto traer una disminución de la libertad a que el papado aspira tanto y que la Ciudad del Vaticano debería asegurar para siempre? Y no sólo la alianza con el fascismo puede revelar inconvenientes inmediatos, sino que la acción común con Italia lo expone a peligros más lejanos.

«Se habla mucho de esta acción. La prensa fascista celebra la reconciliación con la Santa Sede como la aurora de tiempos nuevos en que la Iglesia se unirá estrechamente con la patria para asegurar los grandes destinos a que tiene derecho. El clero nacional, en su mayoría, está de acuerdo: sacerdotes, *monsignori*, obispos, deslumbrados por las glorias del fascismo, no quieren otra cosa que contribuir al triunfo de *l'italianità* en el mundo. Esto es lo que provoca un poco de inquietud en el exterior y, en Francia sobre todo, un mal humor extremado. ¿Y las consecuencias?...

«El papado es una institución universal y, como tal, no le es posible ponerse al servicio de un pueblo. El

ejemplo de la Iglesia de Oriente está a la vista. El patriarca de Constantinopla tuvo un tiempo bajo su dirección espiritual a cerca de la mitad de la cristiandad. La alianza con el helenismo la ha disminuido. Iglesias autónomas se han constituido en varios países y el Phanar se ha transformado en el centro religioso del mundo griego. ¿Cometerá el Vaticano el mismo error?

«Esto no es probable: tiene un exacto conocimiento de las cosas; sabe utilizar como propias las ajenas experiencias. Por buen patriota que sea el pontífice actual, no será él el primer servidor de Mussolini. Si hace servicios a Italia, sabrá mantener el equilibrio entre sus intereses y los del mundo católico. ¿Y no es para destacar el carácter universal de su función que habla, o deja hablar, de un concilio que se reuniría en 1930 y sería la continuación del que la guerra franco-prusiana interrumpió dolorosamente en 1870?

«Porque la utilidad de esta reunión no aparece claramente. Ya el Concilio de Trento sometiendo sus decretos al papa para obtener su aprobación, reconocía implícitamente la supremacía del pontífice de Roma. Pío IX ha hecho más: ha hecho consagrar por el concilio del

Vaticano el dogma según el cual el papa es infalible cuando, en la plenitud de su poder apostólico, fija doctrina concerniente a la fe y las costumbres. ¿A qué un nuevo concilio si el sucesor de San Pedro posee el derecho de decidir la verdad sin correr el riesgo de equivocarse? Pero el concilio puede tener otra significación: puede, reuniendo delegados del mundo entero, testimoniar la universalidad de la Iglesia y rendir homenaje a su autoridad. Renovaría entonces, a través de los siglos, el otro concilio reunido en Letrán en 1215 y que fué la apoteosis de Inocencio III. El programa que ya se pre-

para y que trata, entre otras cosas, de la organización de la campaña católica en el mundo, caracterizaría la reunión. Y así se encontraría justificada la profecía que se atribuye al viejo monje Malaquías y que se asigna como lema al reinado de Pío XI: *fides intrepida*.

«Pero esto pertenece al porvenir. Por el momento, anotamos que el conflicto que se decía irreductible está resuelto; que el papa, prisionero voluntario desde 1870, va a reiniciar sus viajes pastorales; que una gran alegría conmueve a la mayor parte del mundo católico, sobre todo a Italia... Y esto es suficiente.»—M.